



ADAN*

Andrés Salom

Unas setenta páginas de prosa densa, mágico-poético-filosófica, de una rara perfección, conforman la obra «Adán», de la que es autor Antonio Parra. No suena en ellas ni la más lejana sombra de aliteración o cacofonía. Las palabras justas, sin recursos retóricos ni gratuidades. Cada párrafo, cual si de un bloque de granito se tratara, es de una gran belleza por sí mismo, con independencia de lo que en él se nos diga. Por su fluidez, podría parecer que ha sido todo hecho de forma espontánea. No obstante, se adivina una gran laboriosidad en cada frase.

Consta el libro de dos partes, estando la primera constituida por tres meditaciones en forma de relato, de entre los que destacaríamos una hermosa evocación de la manifestación folklórica más trascendente y original de entre las que se dan en tierras murcianas: los Auroros, a quienes Parra llama Albinos, por ser del alba. Aparece este relato inmerso en la misma atmósfera —magistralmente creada— en que se desenvuelven los otros dos: el que da título genérico al libro y «El Junta-dor de Recuerdos», también de gran interés.

En mi opinión, esta primera parte es de lectura más amena y gratificante que la de la segunda, una especie de huida hacia atrás por las sendas del misticismo judeo-cristiano-musulmán, cuyos puntos de coincidencia se ponen al descubierto, lo que no debe haber resultado fácil en tan poco espacio.

La unidad entre los distintos temas, sean de la segunda o de la primera parte, nos viene dada, no sólo por el hilo de unas mismas obsesiones y supersticiones, como pretende el autor y nos indica en una nota previa; sino más aún por el aire de pesimismo que las atraviesa a todas de parte a parte. Esto hace que el mensaje —o lo que sea— que se desprende del libro en general nos sitúe en los aledaños de lo que se ha venido en llamar *nueva* —o *joven*— *filosofía*, la que, por cierto, siempre resulta estar hecha a base de los peores restos de la más vieja y peor de las filosofías: la filosofía especulativa.

No nos gusta el mundo en que hemos nacido ni nos hacen felices las circunstancias en que tenemos que desenvolvernos. Ante ello, pues, sólo nos quedan dos caminos: el del intelectual honesto que, a base de hacer resplandecer evidencias, intenta aportar su granito de arena que pueda contribuir a cambiar un estado de cosas, o el de la Cábala, el Sufismo, el Génesis... Y ya he escrito en alguna parte que la peor villanía del ser hu-

mano estriba en la calumnia de que ha venido haciendo víctima al avestruz. Pues a estas alturas, el empeño en seguir ignorando —silenciando, obviando— a Marx, a Freud, a Nietzsche..., es también una forma de esconder la cabeza bajo el ala, sea la de la mística o la de la ufología. Y creo que sólo uno de los trabajos que constituyen la segunda parte se salva de tan poco gallardo gesto: la dedicada a Boecio, de cuyo talante y noble rebeldía tendríamos que aprender todos, incluido Antonio Parra.

Un hermoso libro, breve y de amenísima lectura, a pesar de que en él se apueste por la nada, el círculo, el no-Ser... o el ni siquiera haber sido de Borges.

1 Antonio Parra, *Adán*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1987.